

PRIMER PREMIO CATEGORÍA ESCOLAR

Carlos Cozar Catena

NICOLE

Nicola da pena. Calva, blanca y frágil. La lluvia salpica el cristal y al fondo Viena moribunda, gris, mojada de lágrimas. Entro sigilosa. La estancia es iluminada por un fluorescente sobre el cabecero de la cama de Nicole. Nicole duerme. Mientras me siento en el sillón de cuero paseo la mirada por la habitación en busca de la cámara de fotos. No está. Espero que despierte pronto, sólo me han dado tres días. Miro el reloj. Roland está visitando los estudios de sus colegas artistas para que nos dejen una esquina en la que dormir. Luego llamará por teléfono. Dirá que un pintor nos deja un colchón si posamos para él mientras dormimos. Me duelen los pies. El viaje en tren ha sido bonito pero eterno. Un mal presagio ha imperado durante el trayecto: a pesar de la incomodidad de los asientos, no quería llegar. Me daba miedo encontrármelo todo tan cambiado como está. Me gusta el recuerdo de la Viena que dejé atrás cuando, tras la estación y en el andén nos despedimos de años de eternidad. Nicole siempre se quejaba de su pelo. Me preguntó si volvería. Claro, tengo que casarme. Tenemos que amadrinarnos, sonrió, lo prometimos. Nos abrazamos como me he abrazado esta mañana a Roland cuando ese vecino nos ha dicho que no, a Nicole hace mucho que no la veo, seguirá en el hospital. ¿En el hospital? Pobre buhardilla parisiense en la que Nicole Quería envejecer y fotografiar a gente que

– ¿Qué susto! - Su garganta es demasiado frágil para gritar. Yo me echo a llorar. - ¿Quién eres?

Me acerco a ella. Tengo que apoyarme en la pared para decirle que qué te ha pasado, dónde está la cámara, que si te vas a morir, no puedes morirte todavía ¿tienes que amadrinar mi boda!

– He vuelto, Nicole, he vuelto a Viena, para casarme.

Se le quiebra el susurro de voz. Nos abrazamos y le acaricio la cabeza. Estarás contenta, con el trabajo que te costaba peinarte. Eso es lo mejor, ¡no se me bufa el pelo, tía! A ti te queda muy bien esa melena azul. Y así pasamos la tarde. A veces me viene a la cabeza la frase se está muriendo, pero la espanto. Porque soy joven y no estoy hecha para pensar en esas cosas, porque en los ojos cansados de Nicole se nota el agradecimiento por ignorar a la tercera invitada en la 610.

A las nueve llama Roland, como vaticiné. Estoy despidiéndome de Nicole, pero no quiero irme sin saber por qué está aquí. En los silencios es palpable que ella también quiere que lo sepa. Hemos estado hablando toda la tarde como si fuéramos niñas, obviando lo esencial. Empiezo a abrocharme la gabardina de espaldas a ella, me siento incómoda. La escucho sollozar.

– Hace un mes me dieron un mes de vida. El mes cumple el lunes – yo que aguanto la respiración para no romper a llorar-. Tengo cáncer de páncreas. Los médicos no se lo explican, tan joven... Dicen que puede haber algún factor genético en juego. No sabes cómo odio a mis padres: no sólo me abandonaron como un cáncer... Abre el cajón, ¿ves la cámara?- Asiento. - Dámela, corre, es el último carrete que encontré en toda la ciudad, malditas cámaras digitales. Sólo queda una foto, mi última foto, quiero que sea tuya, cuando llorabas te ponía muy guapa.

Sin girarme: - ¿Te acuerdas de la monja con verruga que te daba miedo, a la que llamábamos Tod? - creo escucharla murmurar que sí, que Tod, Muerte- ¿Y cómo venías a mi cama cuando te cagabas pensando en ella? - Otro silencio afirmativo. - La espanté entonces y no me costará trabajo volver a hacerlo – me encamino hacia la puerta-. Me voy el domingo en el último tren, mañana a las ocho estoy aquí para conseguir que me casen en la capilla del hospital y puedas regalarme una última foto en condiciones. Descansa, Tod se mantendrá alejada mientras yo esté aquí cumpliendo promesas.

Los yogures parecen no caducar nunca hasta que les miras la fecha de caducidad. ¡Oh, si hace nada que los comprobé! Eso me pasó entonces. Los tres días siguientes los recuerdo tan rápidos... La capilla séptica que olía a látex y Tod esperando fuera. El cura no se determinaba a

empezar con la ceremonia: los novios en vaqueros, la madrina en camisón; yo con el pelo azul y Nicole calva. Éramos las niñas de antes que se burlaban juntas de las institutrices. Luego Nicole sacó la cámara (¡Posad!) temblando. Con el clic se le escapó el penúltimo soplo de vida; el último lo guardaría hasta que yo me marchara. Ahora en el tren lloro todo lo que aguanté. Penúltima parada. Se está montando una monja con una verruga. Tod se debe de haber cogido unos días de vacaciones después del duro trabajo de acabar con Nicole. Y yo me dejo caer sobre Roland, empiezo a gritar.